

Revista internacional de Teología

CONCILIUM

e d i t o r i a l v e r b o d i v i n o



TEMA MONOGRÁFICO

SILENCIO

Diego Irarrazaval, Andrés Torres Queiruga,
Mile Babić y Felix Wilfred (eds.)

FORO TEOLÓGICO

Michael J. Schuck, Jorge Costadoat
y Peter Hünermann

363

NOVIEMBRE 2015

evd

CONTENIDO

1. Tema monográfico:

SILENCIO

Diego Irarrazaval, Andrés Torres Queiruga, Mile Babić y Felix Wilfred (eds.): <i>Editorial</i>	7
---	---

Dimensiones sociales y espirituales

1.1. Werner G. Jeanrond: <i>Amor y silencio</i>	11
1.2. François Cassingena-Trévedy: <i>Inventario del silencio o el crepúsculo de un dios</i>	23
1.3. Sebastian Painadath: <i>La fuerza transformadora del silencio contemplativo</i>	35
1.4. Pierangelo Sequeri: <i>Espiritualidad del silencio</i>	47
1.5. Dževad Karahasan: <i>Homo silens</i>	61

El silencio en la teología

1.6. Michael Amaladoss: <i>Silencio y Dios</i>	71
1.7. Hermano John de Taizé: <i>Sed de silencio. La experiencia de Taizé</i> ..	83
1.8. Rosa Ramos: <i>Silencio: lugar sagrado de la escucha</i>	95
1.9. Jutta Koslowski: «Madre, oigo latir tu corazón...» <i>El silencio como escucha de Dios y de su creación</i>	109
1.10. Jürgen Ebach: <i>El silencio en la Biblia. Una breve introducción y siete miniaturas</i>	119

2. Foro teológico

- 2.1. Michael J. Schuck: «*Laudato si'*» del papa Francisco 133
- 2.2. Jorge Costadoat: *Teología y Universidad* 139
- 2.3. Peter Hünemann: *La libertad de la ciencia. La teología
y el magisterio romano* 145

Teología en silencio

Puede considerarse el silencio como un respirar hacia dentro y el hablar como un respirar hacia fuera. Esto ocurre en medio de humanizadores diálogos. Por otra parte, nos abruma ruidos y cacofonías.

La comprensión del silencio tiene facetas espirituales, eclesiales, éticas, afectivas, políticas, filosóficas. La realidad posmoderna está atormentada por ruidos. A las multitudes les ofrecen participación (pero son cooptadas y acalladas). En ámbitos académicos, ¿por qué predominan ciertas pautas conceptuales, y por qué suele marginarse la mística sapiencial del pueblo de Dios? Actitudes humanas de silencio ante Dios (por ejemplo, en Asia) ¿cómo aprecian la encarnación del Verbo? Cada lector/lectora de esta revista internacional tiene sus preguntas, sus luces y sombras. Vale la pena compartirlas.

En la tradición cristiana, el amor de Dios es una comunicación siempre presente y operante, y la palabra definitiva es Jesús el Cristo. El sentido de la comunicación es la «lucha amorosa» (Jaspers) para superar la incapacidad y resistencia humanas. Esto explica la historia de la revelación, con su multiplicidad en las religiones y sus altos y bajos en cada una de ellas (incluida la bíblica). El «silencio de

En la elaboración de este volumen hemos contado con valiosas sugerencias de: Marie-Theres Wacker, Maria Clara Bingemer, Lisa Cahill, Thierry-Marie Courau, Gianluca Montaldi, Silvia Scatena, João Vila-Chã, Victor Codina, Jorge Costadoat y Pantelis Kalaitzidis. Les damos las gracias.

Dios» puede ser fruto de la finitud humana que no logra claridad ante la infinita diferencia divina.

Este número de *Concilium* contiene trece hitos en el escenario contemporáneo. Son como ventanas en la razonable praxis del silencio. Se examina la mística cristiana (en experiencias como Taizé y Gnadenthal, en la herencia benedictina, en el laicado sudamericano) y la milenaria práctica asiática (hinduista, budista, y otras); ellas brotan en contextos particulares e incentivan búsquedas en otras regiones del mundo. Luego, en el Foro teológico, M. Schuck comenta la fascinante encíclica *Laudato si'* del obispo de Roma, y P. Hünemann y J. Costadoat sopesan lo teológico en el contexto actual.

Un pensar envuelto en silencio conlleva rigor y libertad. Es un pensar fiel a la autocomunicación de Dios y su historia de salvación (como lo reseñan ensayos de Cassingena, John de Taizé, Sebastian Painadeth). En el acontecer mundial se trata también de una labor dialógica, en medio de multitudes silenciadas y a la vez anhelantes de verdad. Cabe, pues, retomar clamores de Job, anuncios por los Profetas, y testimonios de Jesús y de comunidades de ayer y de hoy (como lo anotan Ebach, Amaladoss, Ramos, Koslowski).

Las vivencias monásticas y ecuménicas (por ejemplo: Taizé, Gnadenthal) recalcan el «silencio interior»; esto nutre a diversas generaciones, y a distintas tradiciones de fe. En Asia es cultivada una interioridad que interactúa con prácticas corporales, sapienciales, místicas (como lo subrayan Painadath y Amaladoss). Hay sintonía con el silencioso Absoluto. También en el arte, la poesía y la música, la liturgia, y en los vínculos con la creación, hay hondos potenciales de silencio (como es anotado por Sequeri, Karahasan, Ramos, Painadath, Koslowski).

Con el aporte de varias disciplinas, y con la erudición espiritual y teológica, brotan manantiales de sabiduría en contextos paradójicos. Por ejemplo, es indagada la incesante comunicación del Dios encarnado, que se asocia a los últimos que son los primeros.

En teología, una cuestión crucial es conjugar amor y silencio. Así es posible relacionarse con la radical «otredad» de Dios, con el prójimo como «otro», y a la vez con cada entidad en el universo. Wer-

ner Jeanrond subraya que el amor al «otro» conlleva silencio activo y pasivo. Además, Jeanrond recalca la exigencia de sobrepasar el silencio de voces negadas a la mujer, al pobre, a la niñez, a víctimas de abusos de carácter colonial, sexual, político, económico. En este sentido el amor no es homologable al sentimiento, ni es la quietud una adquisición privada.

Estas vivencias y sus contenidos requieren discernimiento. Tiene varios terrenos: la espiritualidad, la música, lo literario, la filosofía (véanse los lineamentos de Karahasan, Sequeri, Cassingena, Ramos). También requiere confrontar el ruidoso mundo de hoy, con su obsesión por hedonistas y desechables objetos, con su exaltación de una peculiar «felicidad». Por otra parte, desde el silencio brota la solidaridad en respuesta a quienes sufren, y el desenvolvimiento de tecnociencia que humanizan. La contemplación no es inmóvil; ella conlleva escuchar a Dios y a la música de la creación, y a la vez estar atento a clamores y celebraciones que movilizan cada región del mundo. Gracias al silencio se oyen e interpretan los signos de los tiempos.

Ojalá estas páginas reafirmen un cálido y polifacético teologizar en silencio. Esto ¿por qué ocurre, y cómo, y dónde?

El silencio teologal es fuente de comunicación, y no tolera la violencia unidimensional. Se forjan alternativas simbólicas, y se generan vínculos personales y organismos solidarios. No se trata de una carencia de lenguaje, ni de encapsularse. Son sopesadas categorías que obstaculizan procesos de diálogo y que maltratan la revelación de Dios. El silencio contribuye al ser interior, a alianzas humanas, al gozo en la creación, al humilde admirar la sorprendente revelación divina.

La silenciosa escucha a la Palabra transforma lo humano, tiene un talante ecuménico e interreligioso, y abraza responsabilidades sociopolíticas y medioambientales. Es releído el acontecer contemporáneo a partir de recursos bíblicos, proféticos, eclesiales. En este sentido, la reciente encíclica *Laudato si'* constituye un regalo para la humanidad, y un incentivo al silencio teologal.

En este número de *Concilium* confluyen sensibilidades y modos de pensar (en que se ubican tanto autores como editores). En Asia el silencio es asociado con la sabiduría, y quienes renuncian a palabras son considerados *muni* (practicantes del silencio). En contextos noratlánticos y mediterráneos abundan sabidurías orantes y militantes. En Europa central y oriental, asolada por conflictos, un escritor como Ivo Andrić postula la bondad del silencio («en el silencio yace la seguridad»). En ambientes sudamericanos, varios tipos de malestar van de la mano con la escucha de la vivificadora Palabra. Al interiorizar lo ofrecido por trece ensayos en este *Concilium*, cada lector/lectora puede redescubrir itinerarios y contenidos del silencio en el mundo de hoy.

AMOR Y SILENCIO

En este artículo se reflexiona tanto sobre la necesidad del silencio como sobre la necesidad de superarlo en las relaciones de amor diferentes pero relacionadas entre sí: el amor al prójimo, a Dios, al universo de Dios y a uno mismo. Al analizar, a su vez, cada una de estas relaciones, se indaga en algunas valiosas tradiciones cristianas para llegar a entender cuándo la atención a la alteridad del otro requiere cultivar el silencio o romperlo.

El amor necesita comunicación, pero no solamente mediante palabras o gestos. El silencio es una forma de comunicación entre otras. Mi silencio permite que el otro hable mientras yo escucho. Me permite concentrarme en el otro ser, humano o divino, de un modo más intenso. No obstante, el silencio puede también ofuscar la comunicación y la relación cuando se opone a reaccionar, a responder y a comprometerse. Como todas las formas de comunicación humana, el silencio es ambiguo. Por eso no siempre es apropiado o bueno, ni tampoco es siempre inapropiado o malo. El arte de la comunicación humana exige una permanente

* WERNER G. JEANROND nació en 1955 en Saarbrücken. Es director de St Benet's Hall y profesor de Teología en la Universidad de Oxford. Con anterioridad a estos nuevos cargos enseñó Teología sistemática en las universidades de Dublín (Trinity College), Lund y Glasgow.

Entre sus publicaciones destacamos *Text and Interpretation as Categories of Theological Thinking* (Tubinga-Dublín 1986 y Nueva York 1988); *Theological Hermeneutics: Development and Significance* (Londres-Nueva York 1991 y 1994); *Call and Response* (Dublín-Nueva York 1995); *A Theology of Love* (Londres-Nueva York 2010; trad. esp.: *Teología del amor*, Sal Terrae, Santander 2013) y los tres volúmenes *Theological Reflections* en sueco (Lund 1998, 2001 y 2012). Sus libros y artículos se han editado en numerosos idiomas.

Correo electrónico: werner.jeanrond@stb.ox.ac.uk

evaluación crítica y autocrítica con respecto a la pertinencia o impertinencia del silencio en situaciones y contextos específicos.

En este artículo trato sobre la función potencial del silencio en la red de las relaciones de amor interdependientes. Todas las mujeres, hombres y niños están llamados a participar en una cuádruple red de amor: con nuestros semejantes, con Dios, con el universo y con nosotros mismos. En todas estas relaciones nos encontramos con la alteridad. Cuanto más profundamente nos adentramos en cualquiera de estas relaciones, tanto más nos vemos confrontados por la alteridad. Sin embargo, esta alteridad no es nunca total o absoluta, pues de serlo no podríamos relacionarnos en absoluto.

En el caso de la relación con Dios sería más prudente hablar de una alteridad radical. Dios se diferencia radicalmente de nosotros, los seres humanos, pero gracias a la iniciativa que tomó de comunicarse en nuestra historia humana, podemos, si queremos, relacionarnos con su alteridad radical.

El reconocimiento de la alteridad del otro y el deseo de experimentarla cada vez más profundamente nos conducen a la esfera del amor. Así enfocado, el amor no tiene nada que ver con el sentimentalismo de naturaleza romántica o nostálgica, más bien se propone como un modo de relacionarse con la alteridad —con sus manifestaciones atractivas como también con las repulsivas—. El amor se encuentra en el centro de conflictos y tensiones que pueden surgir de las experiencias de la alteridad. Esencialmente, el amor es un misterio, porque nunca podemos calcular exhaustivamente su dinámica y finalidades, nunca podemos prever correctamente adónde puede llevarnos en la relación con el otro o con Dios, el otro radical. El amor es un proceso dinámico de compromiso con esta cuádruple relación con la alteridad.

La experiencia íntima del amor, física y emocionalmente, y sus expresiones en la vida de una pareja no constituye ninguna excepción. La pareja también debe lidiar con las manifestaciones de la alteridad en cada uno de ellos, si bien de un modo intenso e íntimo. Al experimentar la intensificación física, emocional y espiritual, la pareja puede experimentar la trascendencia y abrirse así de nuevo a la alteridad trascendente de Dios y a la alteridad del universo creado

del que forman parte. El amor en todas sus formas y expresiones, incluida la sexualidad, remite más allá de sí mismo a las posibilidades de la trascendencia. En todos los actos de amor puedo ver más, diferentemente, más profundamente, lo otro, lo que está más allá, y de este modo puede producirse en mí la predisposición a reconsiderar todas las imágenes férreamente sostenidas de la identidad —de mi propia identidad como también de la identidad de los otros—. La dinámica de la diferencia, que caracteriza todas las formas de amor, constituye un desafío contra los ídolos y nos invita a ver en el otro una manifestación de diferencia y trascendencia¹. El amor puede sensibilizarnos con la necesidad de vencer a los ídolos de la identidad para acoger en su lugar los iconos del cambio. ¿De qué forma puede el silencio potenciar o entorpecer la praxis del amor?

Amar al otro

Las diferentes formas institucionales del amor que fomentan nuestra comprensión y apreciación del potencial transformador del amor, como la familia, la amistad, la escuela, la iglesia, los clubes deportivos, etc., como mucho nos proporcionan los medios para entrenarnos en la visión y la aceptación del otro como otro, para entrenarnos en la comprensión de los deseos, las esperanzas y las expectativas del otro, para entrenarnos en el inicio del proceso de ser críticamente conscientes de nuestros propios deseos, esperanzas y expectativas, para entrenarnos en el respeto a los límites y la trascendencia que surgen con las diferentes relaciones en las que nos involucramos. El amor como potencial relacional para encontrarse con el otro y caminar con él es más que una actitud, es una praxis, una acción siempre necesitada de un proceso permanente de reflexión crítica y autocrítica. El amor significa comprometerse con el otro. El amor implica emociones, pero es más que sentimientos, pues involucra a la totalidad de la persona. El amor es una invitación, y, en la tradición bíblica, un mandamiento: se nos manda amar a Dios, a nuestro prójimo y

¹ Para un estudio sobre la dinámica de la diferencia, cf. Ulrich Schmiedel y James M. Matarazzo Jr. (eds.), *Dynamics of Difference: Christianity and Alterity*, T&T Clark Bloomsbury, Londres-Nueva York 2015.

a nosotros mismos. Actitudes y emociones, atención y compromiso, mandamiento y ley, benevolencia, actos de caridad y donativos, devoción, admiración y respeto, son todos ellos elementos, entre otros, que pueden entrar en nuestra experiencia de amor. «Más bien que considerar el amor como una actitud que puede desembocar en una relación, podríamos considerarlo como una relación que conduce a los implicados a adoptar un complejo conjunto de actitudes recíprocas². Solo si se entiende como relación revela el amor su dinámica compleja y su horizonte personal.

En todas las relaciones humanas, las leyes de la comunicación exigen actos de escucha. Si hablamos todo el tiempo y no escuchamos nunca, no puede emerger ninguna comprensión recíproca. Las obras del movimiento del teatro del absurdo (Ionesco, Beckett, Hildesheimer, etc.) ilustran la ruptura de la comunicación humana provocada, entre otras causas, por la incapacidad humana para guardar silencio y escuchar. Por consiguiente, escuchar es una primera forma de silencio activo.

Pero también existen formas de silencio pasivo en la comunicación humana; un silencio que espera al otro, un tipo de silencio que es paciente tanto con el yo como con el otro, un silencio que se mantiene abierto a una dinámica comunicativa que aún tiene que desplegarse. En el relato sobre las personas que condenan a la adúltera en el evangelio de Juan se nos dice que Jesús se agachó dos veces y escribió con sus dedos en el suelo (Jn 8,6.8). Su silencio reiterado interrumpe el flujo de una comunicación llena de odio y abre así a un enfoque diferente sobre la comunicación humana. Encontramos aquí el silencio pasivo como acto transformador de una comunicación en curso.

En el libro de Job hallamos una forma diferente de silencio en el amor humano. Cuando sus amigos se enteraron de sus desgracias, fueron a consolarle. «Ellos se sentaron con él en el suelo durante siete días y siete noches, y ninguno le dirigió la palabra, pues vieron cuánto estaba sufriendo» (Job 2,13). Esta forma de silencio de amor

² Vincent Brümmer, *The Model of Love: A Study in Philosophical Theology*, University of Cambridge Press, Cambridge 1993, p. 156. Véase también Werner G. Jeanrond, *A Theology of Love*, T&T Clark, Londres-Nueva York 2010, p. 22.

demuestra respeto por la situación del otro y crea también un espacio para que el otro se exprese cuando se sienta preparado para hacerlo.

El encuentro sexual de una pareja exige tanto palabras de amor como el silencio de amor; ambos pueden aumentar el placer y los momentos valiosos de unidad con el otro. Sin embargo, como han mostrado las películas de Ingmar Bergman y de otros directores, la vida de una pareja puede ser también perturbada por el silencio, un silencio provocado por un rechazo o una incapacidad para afrontar la alteridad del otro y del propio yo. Este tipo de silencio puede ser diabólico. Debe romperse para que se reanuden o incluso comiencen las relaciones de amor.

Este problema, es decir, el rechazo y la incapacidad para afrontar la alteridad, puede afectar también a quienes por su ministerio tienen que mostrar amor a los otros, ocuparse de sus diferentes necesidades pastorales y acompañarles en su camino espiritual. Karl Rahner expresó claramente esta frustración en sus encuentros personales con el silencio³. Además, los individuos pueden haber sido silenciados por sus comunidades, familias, escuelas, iglesias, gobiernos, etc. Deben rechazarse estos actos de imposición de silencio, que, lógicamente, es necesario romper. Amar al otro, por consiguiente, puede implicar silencio activo y pasivo. En determinados momentos cruciales, cuando encontramos al otro concreto en sus circunstancias particulares y teniendo en cuenta sus necesidades específicas, el silencio puede ser apropiado. Sin embargo, hay que romperlo cuando constituye una amenaza para una relación amorosa y justa.

Amar al Otro divino

En las tradiciones religiosas abrahámicas, amar a Dios exige tanto palabras como actos de silencio. El silencio no es un objetivo en sí mismo, pero puede ser una expresión apropiada de respeto a la alteridad radical de Dios. El lenguaje humano no puede nunca aprehender la naturaleza de Dios. En términos bíblicos la naturaleza

³ Karl Rahner, *Encounters With Silence*, trad. James Demske, Burns & Oates, Londres 1975, pp. 61-68.

divina se caracteriza como amor (1 Jn 4,8.16), comprendiéndola así como una relación dinámica que invita al ser humano a ser atendido y asido por su espíritu. La Palabra de Dios sale al encuentro del ser humano como palabra de creación, de reconciliación y de amor. Así, al dirigirse al otro humano en el amor, crea espacio, tiempo y lenguaje para que este otro se relacione con Dios, con los otros seres humanos, con el universo creado y con el yo que emerge en su interior. La palabra soberana de Dios incluye llamada y silencio.

Sin embargo, el silencio de Dios no es siempre un silencio bien acogido, puesto que a menudo deseamos que Dios hable, que denuncie la injusticia, que diga lo que deseamos oír y que legitime lo que deseamos hacer. El silencio de Dios es desconcertante, inquietante, y perturba nuestros planes, esperanzas y esquemas. El silencio de Dios es un permanente y terrible desafío para nosotros. En el silencio de Dios en el holocausto experimentamos su ausencia o, como ha mostrado Elie Wiesel en *La noche*, se nos orienta a reconsiderar nuestras expectativas e imágenes de la presencia de Dios tan radicalmente como para visualizarla de forma totalmente diferente, ahora en el cadáver de un niño colgado de una horca⁴.

Al mismo tiempo, este desconcertante silencio divino nos invita a realizar actos de silencio, al silencio humano, no para pensar en una acción posterior, sino para participar en este sagrado silencio ante Dios. Puede decirse que aprender a participar en el silencio de Dios constituye el desafío más duro en la praxis del amor humano.

Desde el comienzo del movimiento cristiano, hombres y mujeres dotados de sabiduría afrontaron este desafío y desarrollaron diferentes modelos, oraciones y caminos para ayudar a los discípulos de Cristo a entrar en la praxis del silencio. Varios artículos de este número de *Concilium* indagan en esta rica herencia con gran profundidad.

Dado el aumento cada vez mayor de ruido en nuestro tiempo, los enfoques específicos sobre el silencio son particularmente valiosos actualmente si muestran los medios para lograr un primer nivel de

⁴ Cf. Joseph L. Price, «Silence», en Donald W. Musser y Joseph L. Price (eds.), *New and Enlarged Handbook of Christian Theology*, Abingdon Press, Nashville 2003, pp. 461-463, aquí p. 463.

quietud que abra posteriormente el camino hacia una experiencia auténtica de silencio. Las acciones simbólicas pueden apoyar este proceso. «Es aconsejable quitarse los zapatos al sentarse para la oración con la finalidad de sensibilizarse más para recibir el amor de Dios y su mensaje. Al quitarnos los zapatos no estamos quitando simbólicamente algo duro que nos impide escuchar la tenue voz de Dios y entenderla»⁵. Incluso el silencio es acción encarnada. El silencio exige diferentes formas y disciplinas, que dependen de las circunstancias reales y de los requisitos comunicativos.

Las tradiciones místicas de las religiones abrahámicas han desarrollado pormenorizadamente formas y disciplinas del silencio. No obstante, no debemos olvidar que el silencio está aquí en función de la comunicación de amor y que alcanza su pleno potencial en la unión de los amantes espirituales. En su famoso poema *Noche oscura*, san Juan de Cruz saluda al silencio entendido como quietud de todos los sentidos para mejor prepararse al deseo y al amor de Dios. Por consiguiente, el silencio no es una negación del deseo, sino que más bien es necesario para desear alcanzar su plena realización⁶. Silencio, deseo y amor van conjuntamente.

Los movimientos monásticos cristianos han acentuado la disciplina del silencio y han restringido los momentos de comunicación como vías esenciales para acercarse a una vida contemplativa ante Dios. En su *Regla*, san Benito pone un gran énfasis en el silencio: «El silencio es de hecho tan importante que raramente debería concederse permiso para hablar incluso a los miembros que hayan realizado un gran progreso espiritual, no obstante lo buenas, santas y constructivas que puedan ser sus palabras»⁷.

⁵ Peter Dyckhoff, *Das Ruhegebet einüben*, Herder, Friburgo-Basilea-Viena 2011, pp. 95-96 (traducción del autor; trad. esp.: *La práctica de la oración de quietud*, Sal Terrae, Santander 2013).

⁶ *The Collected Works of St. John of the Cross*, trad. Kieran Kavanaugh, O.C.D., y Otilio Rodríguez, O.C.D., ICS Publications, Washington 1991, pp. 50-52.

⁷ *The Rule of Benedict*, trad. Carolinne White, Penguin Classics, Londres 2008, p. 21.

Pueden distinguirse siete dimensiones de esta disciplina y restricción⁸: (1) La reducción del ruido físico es necesario para el que desee quietarse. (2) La evitación de los pecados de la lengua implica «aprender a controlar el flujo del discurso de modo que no se convierta en el vehículo de la malicia inconsciente en la forma de disputa, difamación, dominio, desprecio de los demás y orgullo»⁹. Los pecados de la lengua son pecados contra el amor. (3) La conservación de la energía evitando charlas triviales y cotilleos. (4) La escucha auténtica a lo que el otro tiene que decir. (5) La concentración exige superar el ruido interior producido por la multiplicidad de pensamientos que es «la fuente y la fuerza más importante de la perturbación emocional, de la tentación de los vicios y de la distracción en la oración»¹⁰. (6) Escuchar al corazón presupone una cierta medida de retiro. Dios habla en voz baja. La atención a los susurros del Espíritu exige soledad y silencio. (7) Apófasis: «En un cierto punto, tanto en la oración como en la vida, la presencia de Dios se experimenta como una profunda insatisfacción con todos los intentos de expresar la realidad divina mediante el lenguaje. Esto debe llevarnos a un silencio reverencial, a una preferencia por el no saber y a encontrar sentido pertinente a las imágenes negativas como el desierto y la oscuridad»¹¹.

Esta última dimensión del silencio puede ofrecer algunos elementos que preparan incluso para experiencias no deseadas de silencio al igual que la praxis del amor puede estar marcada incluso por un silencio no deseado. El camino de Jesús hacia la cruz y las muchas cruces que los seres humanos han sido obligados a llevar antes y desde entonces e incluso en su nombre, remiten a la experiencia más radical del silencio involuntario.

Con respecto a los seguidores de Jesús, el evangelio de Marcos deplora que «todos le abandonaron y huyeron» (Mc 14,50). Jesús tuvo que afrontar su camino hacia la cruz abandonado, solo, desconectado de toda comunicación humana que le apoyara. Su fidelidad

⁸ Cf. Michael Casey, «Silence», en Philip Sheldrake (ed.), *The New SCM Dictionary of Christian Spirituality*, SCM Press, Londres 2005, pp. 582-583.

⁹ *Ibid.*, p. 583.

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Ibidem.*

al Dios que ama y a la humanidad le condujo a este silencio radical, el silencio de la muerte en la cruz y el silencio de la sepultura. En esta experiencia humana de silencio total, Dios eligió pronunciar las palabras de la resurrección, que desde entonces han invitado a nuevas formas de prodigio silencioso.

Así pues, el amor a Dios puede exigir el silencio o puede conducir a un silencio sufrido que no es deseado. Son muchas las formas y las expresiones que el silencio adquiere ante Dios.

Amar a la creación de Dios

Las experiencias de la naturaleza ha suscitado en las personas el amor a la presencia maravillosa de Dios en ella o un sentimiento de estar abandonadas por todos y por Dios y dejadas a merced de las fuerzas extraordinarias de ella.

El famoso himno sueco *¡Qué grande eres!*, que ha sido traducido a numerosos idiomas y cantado en muchas congregaciones, expresa el amor a la majestad de Dios y la confianza en su presencia en la naturaleza:

¡Oh Señor, mi Dios! Cuando me asombro impresionado
al considerar todas las obras que tu mano ha hecho.
Veo las estrellas, oigo el vibrante trueno,
tu poder por todo el universo desplegado.
Entonces te canta mi alma, a ti, mi Salvador, Dios;
¡qué grande eres tú, qué grande eres tú!

Mientras que la experiencia de la naturaleza suscita aquí palabras de alabanza, también puede suceder lo contrario, es decir, la experiencia de la creación de Dios en el espacio, en la cima de una montaña, en el desierto, etc., conduce a un silencio profundo. Así pues, el amor a la creación de Dios puede provocar reacciones y expresiones radicalmente diferentes. Algunas órdenes religiosas —por ejemplo, los benedictinos y los cistercienses— han preferido ubicar sus monasterios en las áreas más remotas del mundo, fuera del ruido de las ciudades, aceptando así una soledad y un silencio naturales unidos a la belleza de la naturaleza que ha creado Dios.

Pero también conocemos una forma radicalmente diferente de silencio con respecto a la naturaleza, a saber, el silencio sufriente de mujeres y hombres que tienen que hacer frente a una naturaleza oprimida, a una creación explotada y un medio ambiente contaminado. Este silencio está originado por la tristeza, la vergüenza y la culpa. ¿Dónde podemos ver la gracia de Dios en una creación que los seres humanos hemos destruido o contaminado? El silencio puede ser efectivamente la única respuesta al embarcarnos en una búsqueda de conversión y hacia la oración por el perdón y la renovación de la tierra.

El amor a la creación de Dios puede conducir a diferentes formas y expresiones de silencio.

Amar al otro en mí mismo

El silencio puede ser un camino prometedor para afrontar mi propio yo interior: la compleja telaraña de voces, sueños, deseos, temores y heridas sangrantes del alma. Al principio podemos sentirnos amenazados cuando permitimos una confrontación con todas las expresiones de mi yo interior que suenan extrañas, espantosamente diferentes y que a veces aparecen en oposición directa a mi autopercepción habitual. ¿Cómo voy a comenzar a amar este caos interior en el yo que emerge en mi interior? Grandes maestros espirituales, por ejemplo, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Thomas Merton, y tantos otros, desarrollaron enfoques y disciplinas particulares para abordar este volcán interior cuando le permitieron estallar gracias a una quietud exterior nuevamente adquirida. Los diversos tratamientos psicológicos pueden necesitar completarse con un camino espiritual, especialmente cuando salen a flote experiencias y recuerdos traumáticos, como, por ejemplo, los abusos y la explotación sexual sufridos cuando se es niño. Aprender a relacionarse con el propio yo puede ser el aspecto más desafiante del amor, y, por consiguiente, necesita ser apoyado por actos de amor a los otros.

El encuentro y el diálogo interreligioso han puesto a los cristianos en estrecho contacto con otras aproximaciones religiosas al yo. Las técnicas y los métodos budistas para dominar el yo se han incorpo-

rado en numerosos caminos y reflexiones cristianas. No cabe la menor de duda de que puede aprenderse mucho de las perspectivas budistas sobre el silencio y la contemplación. Además, el silencio puede ser un medio particularmente eficaz para el encuentro interreligioso. «Y en el espíritu de apertura al Otro mediante la experiencia del silencio, los cristianos y los budistas han centrado su diálogo interreligioso»¹². Sin embargo, se mantiene un punto crítico radical entre las formas budistas de dominar el yo y las aspiraciones cristianas de relacionarse con el yo más apropiadamente dentro de la cuádruple red del amor dinámico.

El silencio puede ser también la consecuencia de una vergüenza que aún no puede afrontarse o que es activamente reprimida por un colectivo más grande, por intereses y por poderes eclesiales o nacionales¹³. Este silencio que esclaviza tiene que vencerse mediante una combinación de fuerzas individuales y colectivas.

Así pues, el amor a uno mismo exige una gran medida de silencio, pero este solo no basta cuando intentamos avanzar por este camino complejo y difícil que conduce a amar el propio yo. No obstante, la dinámica interdependiente del amor al prójimo, el amor a Dios, el amor a la creación y el amor a uno mismo, no solo hace deseable este camino, sino que es esencial para todos los que quieren crecer y madurar en el amor.

Conclusión

El silencio, los gestos y las palabras son aspectos importantes en todas y cada una de las relaciones interdependientes que hemos abordado. Hay un silencio que tiene que ser cultivado en el amor y hay un silencio que tiene que romperse por causa del amor. En las diferentes instituciones del amor necesitamos aprender a identificar y a distinguir las dos formas de silencio.

¹² Joseph L. Price, «Silence», p. 462.

¹³ Al respecto véase Diarmaid MacCulloch, *Silence: A Christian History*, Allen Lane, Londres 2013, pp. 202-216.

La praxis cristiana del amor está llamada a convertirse en una fuerza liberadora y transformadora en nuestro mundo. Romper el silencio de las voces oprimidas de las mujeres, de los pobres, de los débiles y de los marginados, de los niños, de las víctimas de abusos coloniales, sexuales, políticos y económicos, es una exigencia del amor. Dios quiere que todas las mujeres, los hombres y los niños sean empoderados para que desarrollen plenamente su subjetividad, su libertad y su responsabilidad en el amor. Por consiguiente, una adecuada praxis cristiana del amor debe prestar atención a comprender, descubrir y vencer todas aquellas estructuras y actos humanos que impiden los procesos de emancipación.

Comprometerse en una praxis de amor en este mundo complejo y globalizado exige espacios y períodos de silencio, de un silencio constructivo que está dispuesto a escuchar de nuevo las voces de la alteridad en mis semejantes, en Dios, el radicalmente otro, en la creación y en la profundidad del yo que emerge en mi interior. En esta perspectiva, el amor necesita cada vez más silencio.

La praxis cristiana del amor, por consiguiente, necesita mucho más silencio para discernir qué acontece en el proyecto creador y reconciliador de Dios, pero debe rechazar todas las formas de silencio que bloquean esta praxis.

(Traducido del inglés por José Pérez Escobar)